

CAPITULO XIII.

(CONTINUACION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—El número diez: sus misterios.—Último límite de los números.—Lo que significa añadido al número cuarenta.—Pruebas, en el empleo del número cincuenta.—Multiplicado por tres, su hermosa significacion.—Once, número de desorden.—Pruebas.—Razon del número setenta veces siete.—Siete, número muy misterioso.—Sus aplicaciones.—Como todo lo demas del universo, el cristiano ha sido hecho con número.—Ha sido hecho con el número siete y el número diez.—Bello pasaje de San Agustin:

El número cuarenta representa el tiempo con sus divisiones y sucesiones, sus penosos trabajos y luchas incesantes. Más el tiempo no es más que el comienso de la vida, y para el cristiano el vestibulo de la eternidad bienaventurada. Qué número le recordará al hombre esta verdad consoladora? El diez, añadido al cuarenta. Lo mismo que sucede en los otros cálculos sagrados, esta adición no tiene nada de arbitraria: los más grandes ingenios han reconocido su exactitud profunda. Según Santo Tomás, el número diez es el signo de la perfección. ¿Por qué? Porque es el primero y el último límite de los números. Más allá del diez, los números ya no continúan, sino que vuelven á empezar por el uno (1)''

Así en todas las cosas, cuando se ha llegado á la perfec-

1 Decima est perfectionis signum, eo quod denarius est quodammodo numerus perfectus, quasi primus limes numerorum, ultra quem numeri non procedunt, sed reiterantur ab uno. 2, 2, q. 87, art. 1, et p. III q. 34, art. 8.

cion, no se continúa; se vuelve á empezar. El relojero, por ejemplo, cuando ha concluido y dejado perfecto un reloj, no trabaja más en él, sino que comienza otro. El número diez, como límite de los números, es de todos los países y de todos los tiempos. ¡Qué pruebas más evidentes de que ni es arbitrario, ni de invención humana! Preciso es pues reconocer, que es misteriosamente divino y divinamente misterioso.

De ahí proviene, á juicio de los Padres, que el Espíritu Santo lo emplea tan frecuentemente en la Escritura, para significar la perfección así en lo bueno como en lo malo. Abraham envia á su criado Eliezer con diez camellos cargados de presentes, á buscar en nombre de Isaac una esposa para este hijo suyo: significa el verdadero Isaac buscando á la Iglesia, la verdadera Rebeca, y ofreciéndole como regalo nupcial los diez mandamientos, principio de su deificación. Diez hermanos de José van á buscar trigo en Egipto; la universidad de los hombres pidiendo el pan de vida al verdadero José. Moisés recibe de Dios diez preceptos, ni más ni menos; la perfección de la ley.

Diez candeleros de oro lucen en el templo de Jerusalem; perfección de la luz que con los diez mandamientos ilumina á la Iglesia, templo augusto del cual el de Jerusalem no era más que una figura. El Salterio de David tenia diez cuerdas, perfección de las alabanzas divinas. Diez leprosos se presentan al Señor; el género humano, que está enfermo é implora su curación. El príncipe de que habla el Evangelio, distribuye á sus criados diez monedas para que las negocien durante su ausencia; los diez mandamientos que se dan á todos los hombres para que los practiquen y lleguen á la perfección. La bestia del Apocalipsis tiene diez cuer-

nos, símbolo de su terrible poder; y diez coronas en la cabeza, señal de la extensión inmensa de su imperio.

Tomado, pues, aisladamente y en sí mismo el número diez, límite de los números, es señal de la perfección. Si se añade al cuarenta, conserva la misma significación con mayor evidencia, y entonces se aplica á un orden de cosas más elevado. Cuarenta, más diez son cincuenta: este número marca la reunión del tiempo y de la eternidad. Dejemos que hable San Agustín: "El número cuarenta es la medida de tiempo, época de sudores y de lágrimas, de trabajo y de sufrimientos, de peregrinación dolorosa por el desierto de la vida. Pero cuando nosotros hayamos cumplido bien el número cuarenta, marchando por el camino de los diez mandamientos, recibiremos el *dinero* prometido á los buenos operarios. Así, al número cuarenta, bien cumplido, añadamos la recompensa del *dinero*, palabra derivada de diez, y tendremos el número cincuenta. Este es figura misteriosa de la Iglesia del cielo, donde Dios será alabado sin interrupción por los siglos de los siglos.

"De estos himnos eternos, de estas alegrías puras que nadie podrá robarnos, no gozamos todavía. Sin embargo, las gustaremos anticipadamente en los cincuenta días que siguen á la resurrección del Salvador, en los cuales ya no ayunaremos y haremos resonar por todas partes el jubiloso *allegria* (1)."

Toda la Escritura confirma del modo más brillante la explicación del ilustre doctor. El arca de Noé, donde habían de salvarse todos los que no estaban condenados á morir, tenía cincuenta codos; y el tabernáculo mosaico, imagen de la Iglesia en la que se salvarían todos los elegidos, tenía cincuenta anillas para fijar las cortinas de púrpura que lo

1. *Enarrat.* in ps. 150; ser. 252, c. xi; *In.*, ser. 210, c. vi.

cubrían. Los Hebreos, al salir del cautiverio de Egipto, inmolan el cordero pascual: caminan cuarenta días por el desierto, y después de diez días de parada al pie del Sinaí, por consiguiente, después de cincuenta días de su salida de Egipto, reciben la ley de temor, escrita por Dios mismo en dos tablas de piedra y traída por Moisés de la montaña. Llega la nueva alianza. El Hijo de Dios, verdadero cordero pascual, es inmolado; y cincuenta días después, la ley de caridad es dada al mundo por el mismo Espíritu Santo que la escribe en los corazones.

¡El Pentecostés, es decir, la *cinquentena* judaica, prenda de felicidad para la sinagoga; el Pentecostés cristiano, prenda de felicidad para la Iglesia, y entrambas figura y prenda de felicidad de la Jerusalén futura! Esta misteriosa concordancia de los números arrebatada de admiración al gran obispo de Hipona. "¿Quién no preferiría, exclama, la alegría que causan los misterios de estos números sagrados, iluminados con el resplandor de la santa doctrina, á todos los imperios más florecientes de este mundo! ¿No os parece que los dos Testamentos, como los dos serafines del tabernáculo, cantan eternamente las alabanzas del Altísimo y se responden diciendo: Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos (1)?"

El número cincuenta, compuesto de diez y cuarenta, encierra otro misterio de sorprendente belleza, *magnae significationis*, como dice también San Agustín. El Redentor del mundo ordena á sus apóstoles, que echen su red á la derecha de la barca; obedecen, y sacan *ciento cincuenta y tres* peces grandes. Otra vez lo preguntamos, ¿por qué el este número y no otro? ¿Cuál es su significación? pues alguna tiene, supuesto que fué determinado por la sabiduría

1 *Epist.*, class. II, c. XVI.

infinita. "Todos los hombres, continúa San Agustín, son llamados por la Trinidad para que vivan santamente el tiempo de su vida, representado en el número cuarenta y reciban la recompensa significada por el número diez. Pues bien, el número cincuenta, multiplicado por tres, hace ciento cincuenta. Añadid ahora el divino multiplicador: la Santísima Trinidad, *tanquam multiplicaverit eum Trinitas*, y tendreis ciento cincuenta y tres, que es el número de los peces encontrados en la red, número perfecto que comprende la totalidad de los santos (1)."

Tales son los números ó las proporciones geométricas con arreglo á las que ha sido hecha y encerrada en ellas la obra más grande de Dios, la salvación del linaje humano. ¿Mas por qué medios la consiguen los hombres? ¿estos medios se apoyan en números? ¿qué números son esos? Todo el mundo conoce la palabra del Verbo Redentor: *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos*. Pues los mandamientos son diez. Por consiguiente, para ser del número de los elegidos, hay que mantenerse en el número diez, como en un castillo fortificado; es decir, que los diez mandamientos deben ser el límite de nuestros pensamientos y acciones.

Mas el hombre no puede por sí mismo cumplir los diez mandamientos; necesita de la gracia. ¿Quién la da? El Espíritu de los siete dones. De modo que, para hacer un santo, se necesitan dos cosas: los diez mandamientos y los siete

1. Quia in nomine Trinitatis vocati sunt omnes, ut in quadragenario numero bene vivant et denarium accipiant, ipsum quinquagenarium ter multiplica, et fiunt centum quinquaginta. Adde ipsum mysterium Trinitatis, fiunt centum quinquaginta tres, qui piscium numerus in dextra inventus est: in quo tamen numero innumerabilia sunt millia sanctorum. *Ser. 252, c. xi, ubi supra.*

dones del Espíritu Santo. Luego la salvación descansa en el número diez y en el número siete. ¿Qué extraño es, que la grande obra de la sabiduría infinita descansa en el número, cuando las más humildes criaturas, el mosquito y la brizna de yerba, han sido hechos con número, peso y medida?

Acabamos de ver que el diez y el siete reunidos forman y comprenden á todos los elegidos, es decir, á todos los que cumplen la ley con ayuda del Espíritu Santo. San Agustín lo enseña más claramente todavía. "En efecto, dice este Padre, sumando unos con otros los números que hay desde uno hasta diez y siete, hacen ciento cincuenta y tres; y se tiene, como se ha explicado más arriba, la multitud innumerable de los Santos, significados por los ciento cincuenta y tres peces (1)."

Si el orden moral, la virtud, la santidad descansan sobre el número diez combinado con el siete, resulta que el signo del desorden moral ó del pecado, es el número once, y que la totalidad del desorden moral ó del pecado, se designa por el mismo número multiplicado por siete. Expliquemos este nuevo teorema de la geometría divina. Supuesto que el número diez marca la perfección de la virtud en el mundo y de la bienaventuranza en el cielo, el once debe indicar necesariamente el pecado. En efecto, ¿qué es el pecado? Es una *transgresión* de la ley; y como el nombre mismo lo dice, la transgresión tiene lugar cuando se sale del límite del deber, significado por el número diez. Pues bien, saliendo del diez,

1. Lex habet decem præcepta: Spiritus autem gratiæ, per quam solam lex impletur, septiformis legitur. . . . Decem ergo et septem tenent omnes pertinentes ad vitam æternam, id est legem implentes per gratiam Spiritus. . . . Si computes ab uno ad decem et septem fiunt centum quinquaginta tres, et invenies numerum sanctorum fidelium atque sanctorum in cælestibus cum Domino futurorum. *S. Aug., ser. 248, c. iv.* Efectivamente, sumando 1, más 2, más 3, y así hasta 17 inclusive, resultan 153.

el primer número que se encuentra infaliblemente es el once (1).

Y así sucede, que en el Evangelio nunca el número once se multiplica por diez, sino por siete. ¿Por qué no se multiplica por diez? Porque diez es el signo de la perfección y comprende á la Trinidad representada por tres, y al hombre representado por siete á causa del alma con sus tres facultades, y del cuerpo con sus cuatro elementos. Pues la transgresión no puede pertenecer á la Trinidad: y así, para multiplicar el once, signo del pecado, queda el siete en significación de los pecados del alma y del cuerpo. Los pecados del alma son la profanación de sus tres facultades, como los del cuerpo son la profanación de sus cuatro elementos.

Estas simples palabras del lenguaje de los números, revelan claramente el sentido, generalmente desconocido, de las amenazas tantas veces repetidas en Amós. Hablando por órgano del profeta, dice Dios: "Si Damasco llega á cometer tres y cuatro crímenes, no le perdonaré. Si Gaza comete tres y cuatro crímenes, no le perdonaré. Si Tiro comete tres y cuatro crímenes, no le perdonaré. Si Edom comete tres y cuatro crímenes, no le perdonaré. Si los hijos de Ammon cometen tres y cuatro crímenes, no les perdonaré (2)." ¿Por qué el Señor perdonará uno y dos, y negará el perdón á tres y cuatro? Porque tres y cuatro, sumando siete, marcan la transgresión total de la ley y la rebelión completa del hombre, compuesto de una alma y un cuerpo.

De este modo, once multiplicado por siete, designa la totalidad de la transgresión y el último límite del pecado.

1. Lex enim per decem, peccatum per undecim. Quare peccatum per undecim? Quia transgressio denarii est ut eas ad undenarium. In lege autem modus fixus est; transgressio autem peccatum est. Jam ubi transgrederis denarium ad undenarium venis.
S. Aug. ser. 83, c. vi.
2. Amos. c. 1, 3-13.

¿Habremos de repetir que este cálculo no tiene nada de arbitrario? Es la verdad misma quien lo emplea y nos lo explica. Pedro ha recibido el poder de perdonar y retener todos los pecados. Pregunta al divino Maestro, cuántas veces deberá perdonar. Sin aguardar la respuesta, se apresura á decir: ¿Hasta siete veces? No hasta siete veces, responde el Señor, sino hasta setenta veces siete (1).

A no acusar á la Sabiduría eterna de haber hablado sin concierto, preciso es convenir en que este número tiene su razón de ser. ¿Cuál es esa razón y por qué se emplea este número y no otro? Menos habria sido demasiado poco; más, habria sido inútil. Menos, habria sido demasiado poco; porque todos los pecados son remisibles y se obtiene el perdón cuantas veces se pide sinceramente. Mas, habria sido inútil; porque setenta veces siete indica la totalidad de los pecados, según ya lo hemos visto, y la perpetuidad del perdón, como lo vamos á ver.

En efecto, un nuevo golpe de luz nos revela la significación del número setenta y siete, haciendo brillar en todo su esplendor la sabiduría adorable que lo dispuso todo con número. Trazando San Lucas la genealogía del Redentor, cuenta setenta y siete generaciones. Es decir, que en los consejos eternos, el descendimiento del Hijo de Dios al mundo tuvo lugar en el momento preciso en que habian pasado setenta y siete generaciones de pecadores; para dar á entender con este número misterioso que habia venido á borrar todos los pecados cometidos por el género humano (2).

Hemos explicado el número siete, combinado con el diez y el once: resta explicarlo, tomándolo aisladamente. Entre todos los números sagrados, el siete es, á juicio de esos in-

1. Matth., xviii, 21, 22.

2. S. Aug. ser. 83, c. iv.

térpretes incomparables de la Escritura que se llaman los Padres de la Iglesia, uno de los que encierran más profundos misterios: he aquí algunos.

Componiéndose del tres, signo de la Trinidad, y del cuatro, signo del tiempo, el número siete representa al Criador y á la criatura (1). Los representa en sus misterios generales y en su naturaleza íntima, es decir, en su totalidad. Totalidad del hombre, compuesto de una alma con tres facultades que son memoria, entendimiento y voluntad, y de un cuerpo con sus cuatro elementos y las cuatro cualidades de la materia, longitud, anchura, altura y profundidad. Totalidad de Dios, la sabiduría septiforme que crió el mundo, lo conserva y lo santifica (2).

Pues el criador y la criatura componen todo lo que es: luego el número siete es la fórmula completa de los seres. No solamente expresa lo finito y lo infinito; sino también la diferencia que los distingue y las relaciones que los unen: el uno, inmutable, indivisible; el otro, mudable, y divisible; el uno, principio; el otro efecto (3).

Es, pues, el número siete en su significación natural una protesta permanente contra todos los sistemas erróneos del Panteísmo ó de la eternidad de la materia, y del racionalismo ó de la independencia del hombre. El número siete marca también la totalidad del tiempo juntamente con la universalidad de los seres. Nada hay más claro, pues siete días,

1. Septenarius numerus indicat creaturam, quia sex diebus Deus operatus est et septimo ab operibus quievit. *S. Aug. ser. 252, c. x.*

2. Spiritus Sanctus in Scripturis septenario præcipue numero commendatur. *S. Aug. Enarrat., in Ps. 50.*

3. Septenarius numerus quo universitatis significatio sæpe figuratur, qui etiam Ecclesiæ tribuitur propter instar universitatis. *S. Aug. epist., class. 2.*

sucedándose sin interrupción, componen los meses, los años y los siglos (1)

De las significaciones fundamentales del número siete, resultan las aplicaciones frecuentes que el Espíritu Santo hace de él en la Escritura, las cuales se convierten en otras tantas revelaciones, ricas de enseñanza y resplandeciente de belleza. Así, para repoblar el mundo, Dios manda á Noé que haga entrar en el arca siete parejas de animales puros. Cuando está ya dispuesto para la ejecución de la venganza divina, se conceden todavía siete días de arrepentimiento á los culpables. Cuando las aguas del diluvio han disminuido. Noé espera siete días antes de soltar la paloma por segunda vez, y después otros siete antes de soltarla por tercera.

Para jurar su alianza con Abimelec, inmola Abraham siete corderos. Jacob sirve siete años para que le den por esposa á Raquel, imagen del verdadero Jacob, trabajando durante los siete años del mundo para conquistar á la verdadera Raquel, la Iglesia su esposa. Las espigas llenas y las vacas gruesas, símbolo de la plena abundancia de Egipto, son siete. Los funerales de Jacob duran siete días: representación elocuente de la vida del hombre en este valle de lágrimas. Los judíos comen el pan ázimo durante siete días, en los cuales el pan con levadura se debe quitar totalmente de las casas bajo pena de muerte: mortificación completa del cuerpo y del alma para entrar en comunicación con Dios por la manducación del cordero pascual.

El candelabro del Tabernáculo tiene siete brazos; calor y luz universal del Espíritu septiforme. Las manos de los

1. Et quare septies pro eo quod est semper ponatur, certissima ratio est: septem quippe diebus venientibus et redeuntibus, totum volvitur tempus. *Id., ser. 114.*

sacerdotes se consagraban por espacio de siete días. Antes de recibir la víctima, el altar debía purificarse siete días consecutivos y ser rociado siete veces. La purificación de las inmundicias duraba siete días. En las tres fiestas solemnes, el pueblo judío, tipo de todos los otros, debía ofrecer siete corderos. Siete semanas de años forman el jubileo. Siete naciones enemigas ocupan la tierra prometida: solo cuando las hayan aniquilado, serán los judíos poseedores de la tierra de bendición: figura de los siete pecados capitales, cuya destrucción puede ponernos únicamente en posesión de la paz de la conciencia y de la eterna bienaventuranza.

Si como no es posible dudar de ello, el número siete no se emplea arbitrariamente en los misterios de la verdadera religión, preciso es prepararse para ver al demonio servirse frecuentemente del mismo número en las prácticas de su culto (1). Pues bien, esta gran mona de Dios, más instruida que nosotros en los misterios profundos del número siete, quiere que sus sacerdotes no sean tales sino inmолando siete carneros. Para que den resultado sus evocaciones, ordena Balaam á Balac que levante siete altares, y quiere para víctimas siete becerros y siete corderos. En nuestros mismos tiempos el rito sagrado de la adoración solemne entre los Indios, consiste en siete abluciones del ídolo.

En todos los sacrificios salen constantemente los siete corderos; doble imagen de la totalidad de los pecados por un lado, y por otro de la eficacia omnipotente que la san-

1. Los pitagóricos llamaban al siete *número venerable, venerabilis numerus*. Apud. *Serrarium Bibl.*, c. xii, p. 7.—Varrón nos enseña que ningún otro número era más sagrado entre los paganos. M. Varro in primo librorum qui inscribuntur *Hebdomades*, vel *imaginibus*, septenarii numeri virtutes potestatesque multas varias que dicit; *Aul. Gell.*, lib. III, c. x.

gre del verdadero cordero tiene para borrarlos. Así, para aplacar al Señor terriblemente irritado, Ezequías hace inmolar siete toros, siete cerneros, siete chivos, y siete corderos. A la vuelta de la cautividad, en expiación de todos los pecados del pueblo, se inmolan setenta y siete corderos. Purificado Israel puede marchar contra sus enemigos, que huirán delante de él por siete caminos: derrota completa.

Como el Espíritu Santo es el alma del mundo, y su influencia septiforme se hace sentir en todas las criaturas, para iluminarlas, purificarlas y glorificarlas, emplea el número siete de una manera particular: este número puede decirse que forma la proporción geométrica de todas sus divinas operaciones; y de aquí proviene que se use tan frecuentemente así en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

Siete sacerdotes con siete trompetas hacen caer los muros de Jericó: figura de los siete dones del Espíritu Santo destruyendo el imperio del demonio. La fuerza de Sansón reside en las siete trenzas de su cabello: los siete dones del Espíritu Santo que son la fortaleza del cristiano, mártir de la guerra ó mártir de la paz. Siete coros de músicos acompañan al arca de la alianza en su marcha triunfal, y David canta las alabanzas de Dios siete veces al día; himnos eternos de los santos, reunidos al rededor del Señor, y salvados por los siete dones del Espíritu Santo.

Siete años se emplean en la construcción del templo: la Iglesia edificada por el Espíritu de los siete dones durante todo ese septenario que se llama el tiempo. Siete consejeros dirigen al rey de Persia, que envía á Estras á reedificar el templo de Jerusalem: los siete dones del Espíritu Santo, que

reposan en Nuestro Señor, enviado por su Padre á reedificar el verdadero templo de la verdadera Jerusalem. Siete ángeles hay de pié delante del trono de Dios, y siete columnas sostienen el palacio de la Sabiduría: dos figuras igualmente transparentes de los siete dones del Espíritu Santo; que son el sostén de la Iglesia y los príncipes de las adoraciones eternas. Siete ojos lleva grabados la piedra angular de los muros de Jerusalem: los siete dones del Espíritu Santo en Nuestro Señor, piedra angular de la Iglesia del tiempo y de la Iglesia de la eternidad. Siete pastores guiarán el rebaño divino cuando el Redentor lo haya formado: los siete dones del Espíritu Santo que guían á los habitantes de la Ciudad del bien.

¶ Siete años de locura y de habitar entre las bestias, son impuestos á Nabucodonosor; castigo adecuado á los siete pecados capitales. Siete leones encierra el lago en que fué arrojado Daniel; siete pecados capitales rodean al cristiano en este valle de lágrimas. El Evangelio hace mención de siete demonios malos: los siete espíritus de los pecados capitales.

Siete panes alimentan á cuatro mil hombres en el desierto; los siete dones del Espíritu Santo son el alimento espiritual del mundo entero (1). Los apóstoles, dirigidos por el Espíritu Santo, establecen siete diáconos; esto significa la universidad de las obras de caridad espiritual y corporal.

San Juan dirige el Apocalipsis á siete Iglesias; número de la totalidad. El Hijo de Dios se le aparece en el cielo rodeado de siete candeleros de oro; significación de los siete

1 Septem panes significabant septiformem operationem Spiritus Sancti; quatuor milliar hominum Ecclesiam sub quatuor evangelii constitutam. Septem septem fragmentorum perfectionem Ecclesie; hoc enim numero sapissime perfectio commendatur, S. Aug., ser. 95, n. 2.

te dones del Espíritu Santo que irradian del Verbo encarnado.

La gran bestia tiene siete cabezas con siete ojos; significa los siete pecados capitales con su formidable poder sobre el mundo físico y sobre el mundo moral. Siete ángeles tocan sucesivamente la trompeta; se dejan oír siete truenos, y el mundo culpable, ántes de espirar, es herido con siete plagas; terribles profecías de la universidad de las señales de muerte y de los azotes reservados para los últimos días.

Hora es ya de terminar este bosquejo de la ciencia de los números y de hacer su aplicacion directa al cristiano. Este es construcción del Espíritu Santo, y conocemos ya los ricos materiales de que se compone. Estos materiales han sido empleados, no cabe duda, bajo la dirección de un arquitecto infinitamente hábil, conforme á un plan preconcebido; todo plan se funda en cálculos y proporciones, y por consiguiente sobre números. Semejante verdad no admite réplica. Por una parte, el universo entero atestigua haber sido hecho con número, peso y medida, esto es, con arreglo á proporciones geométricas de una precisión y de una armonía perfectas. Por otra, el cristiano es obra perfecta del Espíritu Santo; es necesario, pues, deducir á *fortiori* que han presidido á su construcción cálculos admirablemente exactos.

¿Cuáles son los cálculos, ó mejor, los números especiales con arreglo á los que ha sido edificado el cristiano, sobre los cuales descansa y que son como el maderamen del edificio y la medida de sus proporciones? El cristiano ha sido hecho con dos números los más sagrados, el siete y el diez. Por ellos subsiste; el mundo concluirá; cuando se complete la suma de estos dos números misteriosos combinados jun-

tamente y multiplicados por la Trinidad. Como prueba de lo que acabamos de decir, recordemos este bello pasaje de San Agustín: "El Espíritu, autor de los dones santificantes, es designado por el número siete, y Dios, autor del decálogo, por el número diez. Para hacer un cristiano, es preciso reunir esas dos cosas. Si tenéis la ley, no cumplireis sin el Espíritu Santo lo que está mandado. Pero cuando ayudados por el Espíritu de los siete dones, conformeis vuestra vida con el decálogo, estareis edificados y perteneceréis al número diez y siete. Perteneciendo ya á este número y sumándolo, llegareis al número ciento cincuenta y tres. En el día del juicio, os encontrareis á la derecha para ser coronados; no á la izquierda para ser condenados." (1)

1. *Serm.* 205, c. vii et viii.

CAPITULO XXIV.

LA CONFIRMACION.

SUMARIO.—Estudio detallado de los elementos de que se compone el cristiano.—La Confirmacion: lugar que ocupa.—Lo que añade al Bautismo.—Enseñanza católica; el Papa San Melquiades; los concilios de Florencia y de Moguncia.—Efectos de la Confirmacion; gracia santificante, gracia sacramental, carácter, aumento de las virtudes.—Definición de los hábitos.—De las virtudes.—Virtudes naturales y sobrenaturales; virtudes infusas y virtudes adquiridas.—Virtudes cardinales.—Diferencias entre las virtudes naturales y sobrenaturales.

El cristiano puede admirarse; pero sobre todo debe respetarse: *Agnosce, ó chsistiane, dignitatem tuam.* Templo vivo del Espíritu Santo, conoce los preciosos materiales que han entrado en su construcción, y los números misteriosos según los cuales han sido dispuestos. Más no basta un conocimiento general. Se hace preciso analizar detalladamente cada uno de los elementos de esta creación divina, incomparablemente más bella y más digna de nuestros estudios que el mundo físico con todas sus magnificencias. A fin de no traspasar los límites naturales de nuestro asunto, no hablaremos de los sacramentos en general, ni del símbolo, ni del decálogo, ni de la oración dominical; per más que todas estas partes de la divina construcción dependan de la gracia y sean sus efectos. (1) La confirmación, las virtudes, los dones, las bienaventuranzas, los frutos constituyen el dominio directo del Espíritu Santo. Tal es el

1. Los hemos explicado en el *Catecismo de Perseverancia.*